

Capítulo 4 - - La Tierra de los Camino Rotos

- Capítulo 4 - - La Tierra de los Caminos Rotos

Capítulo 4 - - La Tierra de los Caminos Rotos

El polvo no tenía idea por dónde comenzar. La habitación estaba demasiado llena para moverse con facilidad, y no podía trepar por encima porque la mayor parte de las cosas estaban apiladas hasta el techo, más del doble de su altura. Todo el menaje de plata, las copas de oro, los adornos de piedra tallada, y demás objetos eran impresionantes, y sería divertido revisarlos más tarde, pero lo que realmente quería eran los pergaminos, y tendría que trepar para conseguir alguno. De verdad, necesitaba aprender a mover cosas con su mente, como Socks.

“¿Cómo encontraste todas estas cosas? Supongo que hallaste las piedras de la ciudad hundidas en el suelo y las sacaste para armarlas de nuevo. Pero, ¿cómo diste con las cositas, como este soporte para plumas?” preguntó Dust, levantando el primer objeto que su mano tocó. En realidad, esa caja estaba llena de esos soportes y frascos de tinta.

Callius le dedicó una sonrisa ladeada. “La respuesta sería más complicada de lo que vale la pena explicar. Mejor digamos que las localizamos tanteando.”

“Supongo que eso tiene más sentido que cavar en todas partes para ver qué encuentras,” comentó Dust. Debieron usar sus raíces y haber formado algo parecido a una red. Esa era su conjetura. “Bueno, vamos a intentar...”

Ahora que observaba más de cerca, las cajas parecían haber sido creaciones de las dríadas, hechas todas de una sola pieza. Sin duda, eran resistentes. Pero tenían distintos tamaños y no eran completamente planas en los bordes, por lo que no encajaban muy bien unas con otras y debían apoyarse entre sí para mantenerse en pie. Dust trepó a la orilla de una y se preguntó si se atrevía a subir más arriba. ¿Podía pasar por la abertura de allí? Si se caía encima, el desastre sería grande y no avanzaría nada.

“Muy bien, chicos, creo que eso no funcionará. Si intento trepar, solo voy a romper algo, así que movamos todo esto a la sala de conferencias. Tal vez podamos construir estanterías en una de las villas o en edificios públicos y así los visitantes humanos puedan verlo. Pero lo que más deseo son los pergaminos,” dijo, “que están en la parte más alejada del fondo.”

“Al menos primero los organizamos,” comentó la dríada, encogiéndose de hombros.

“¿De verdad? ¿Cómo supiste qué era cada cosa?”

“Tuvimos a alguien que nos mostró muchos estilos y viviendas humanas, querido Dust. Vimos que usaban cosas similares. ¿No fue así?” dijo Home. Ella se refería a él, por supuesto.

“Claro, supongo que esa fue una pregunta tonta. Probablemente notaste más que yo, ya que solo puedo mirar en una dirección a la vez,” comentó Dust.

“Así es,” afirmó Home. Su media sonrisa modesta le daba un aire verdaderamente digno. Dust estaba seguro de que si construyeran una dríada de tamaño adulto, sería como tener una segunda Duquesa entre nosotros.

“Aún no sabemos qué significa todo esto,” dijo Dawn, tomando un anillo de oro de una cesta en el suelo y colocándoselo en el dedo pequeño. Era demasiado grande y giraba sobre su mano cual juguete. “Yo sé qué es. Pero algunas cosas, las organizamos por forma.”

“¿Y qué quieren hacer ahora?” preguntó Callius, con las manos inquietas, como si quisiera salir a jugar. “¿Quieres que movamos todo esto ahora?”

“Al menos lo suficiente para llegar a los pergaminos. Los leeré después, pero quiero saber qué son,”

Con eso, Dirt entregó la caja de útiles de escritura a Dawn y la saludó con la mano, haciéndola salir. Ella la tomó con una sola mano, como si no pesara nada en absoluto, y Dirt colocó una segunda caja en su otra mano, que parecía estar llena de... utensilios para bañarse. Ella salió de allí.

Luego fue el turno de Callius, quien se deslizó alrededor de Dirt, estiró los brazos hasta un extremo absurdo y tomó la caja superior, que entregó a Home. Dirt se apartó un poco más y los dejó hacer. Él había puesto nombre a muchos otros dríadas en las semanas que él y Socks permanecieron aquí antes de partir en verano, y esas también llegaron a continuación.

Sunset, una chica tranquila que siempre rondaba cerca de Dawn; Dancer, una muchacha voluble que rara vez parecía estar prestando atención, aunque en realidad siempre lo hacía; Votorla, quien se había inventado su propio nombre a partir de sonidos aleatorios y llevaba una túnica más larga y rasposa que la de los demás, negra con polvo al borde inferior. Tooth, un niño que solo interactuaba con Dirt cuando Callius no estaba presente, ya que, aparentemente, un solo masculino era suficiente. Starwatcher, otra chica. Chaser. Pathway. Gift.

Dirt pensaba que el progreso sería más rápido, ya que otra dríada apareció con los brazos extendidos tan pronto como alguien se apartaba. Pero había demasiado. Seguramente esto era más oro del que el Duque poseía, con mucho. Y más plata.

Y no todo eran objetos para la vida cotidiana. Un arca, con tapa, contenía puntas de lanza, algunas en un estado sorprendentemente bueno. Un recipiente que parecía un barril contenía espadas, una de ellas en perfecto estado, brillante como si hubiera sido forjada ayer. Pero la mayoría de los objetos eran joyas, lámparas, candelabros, cubiertos, utensilios de cocina, y cosas por el estilo. Objetos de oro o plata que en un hogar normal solo se tenían en pocos ejemplares, guardados para ocasiones especiales. Pero, con una ciudad del tamaño de Turicum, era una riqueza suficiente para llenar varias veces el tesoro de un templo.

Algunas cajas contenían porras y herramientas similares, pero estaban tan oxidadas, agrietadas y descascaradas que nunca serían restauradas. Sin embargo, alguien quizás quisiera tenerlas como referencia, así que no estaba de más conservarlas. Tijeras. Dirt había olvidado por completo las tijeras. Se agarró un mechón de su cabello castaño oscuro y se preguntó si necesitaba un corte de cabello. Nadie en Ogena había mencionado nada, así que probablemente no.

Finalmente, Dirt logró superar las últimas cosas y llegar a los pergaminos. Los dríadas siguieron despejando la habitación mientras él se frotaba las manos con las piernas y las examinaba suavemente para ver qué eran.

Cada uno de ellos había sido preservado mágicamente, sin duda por Prisca. Ella había tenido mucho tiempo para eso. Algunos parecían haber sido protegidos solo cuando comenzaban a deteriorarse, conservando la tinta que se iba desvaneciendo y pequeños rasgaduras, pero la mayoría estaban tan perfectos como el día en que los escribas los terminaron.

La biblioteca era un tesoro superior a cualquier otro en el mundo, a sus ojos. Cosas que Avitus pudo haber sabido en otro tiempo, pero que probablemente estaban completamente perdidas para el mundo. Biografías y genealogías de emperadores y nobleza. Relatos de guerras. Tratados médicos, filosofía natural sobre aves y plantas, matemáticas, geometría e ingeniería.

Cada pergamino que tocaba le inspiraba un sentido de reconocimiento, pero incompleto, que ansiaba ser satisfecho. Cada uno era más difícil de dejar de lado que el anterior. Cada tema le recordaba algo que una vez conoció, pero que había olvidado desde entonces. Una vez supo mucho sobre la cría de ganado y la horticultura de olivos. Y sobre discusiones acerca de la esencia del Ser.

La nostalgia era tan intensa que casi le sorprendía el tamaño de su mano infantil mientras sostenía los rollos. Avitus anhelaba detenerse, tomar uno—cualquiera—y correr hacia su villa, desplomarse en su diván favorito y leerlo entero sin levantarse, incluso si eso le llevaba toda la noche. Fabia era lo suficientemente joven para quedarse despierta con él y mantener encendidas las lámparas, y disfrutaba escucharle leer. Ella era desperdiciada como doncella. Probablemente debería venderla a...

La tierra intentaba aferrar la memoria, pero, por supuesto, se escapaba. Nunca había estado realmente allí, solo los contornos, como todo lo demás. Un nombre sin rostro. Líneas vacías sin color interior, líneas hechas de ceniza que se dispersan si se las molesta.

Luego encontró un rollo que no pudo dejar pasar, y sus manos temblaron tanto ante el reconocimiento que casi lo dejó caer. Las Natiuitas Deorum de Pomponio. El nacimiento de los dioses, brindando la versión más aceptada sobre cómo surgieron todas las cosas.

El miedo le impidió desenrollarlo más al principio, ni siquiera lo suficiente para leer la primera línea. Avitus sabía que amaba a los dioses, fueran cuales fueran. Ya no eran reconocidos o siquiera mencionados, dejando un extraño vacío en la vida pública entre la gente del Duque que todos fingían ignorar. Sin embargo, todavía había algo allí, una sombra que descansaba en las corrientes subterráneas del pensamiento y la sociedad humanas. El Duque afirmaba no saber nada de ello. Avitus sospechaba, sin embargo, que era más por deber que por convicción.

Además, Avitus tenía la fuerte sospecha de que él mismo había perjudicado a los dioses, o los había expulsado de alguna manera, incluso los había asesinado. A partir de los restos de información que había logrado recopilar hasta ahora, eso parecía la causa más probable de la destrucción del Imperio. El auge de los grandes árboles, la libertad de los grandes lobos, y su propio rostro en ese Gran Enemigo—¿cuánto había causado Avitus, para bien o para mal? Mayormente mal.

Casi parecía una blasfemia para él, quien tal vez fuera enemigo de los dioses, leer sobre ellos ahora, tan lejos ya de su calamidad y ruina. Pero, a pesar de ello, desplegó y leyó:

Debido a las creencias cada vez más populares que ahora se extienden entre nosotros, por las cuales los hombres irreflexivos son guiados a la necedad por los necios, es apropiado explicar de inmediato cuál es la verdadera causa de estas cosas. Porque muchos dicen que todas las cosas alguna vez fueron una masa única, cruda y confusa, que llaman caos. Pero esto no es así. Pues si hubiese materia en ese tiempo eterno, incluso sin formar y sin medida, entonces también debería haber habido pensamiento, tiempo, espacio, conocimiento y verdad, ya que esas cosas son tan fundamentales como la materia, e incluso más, porque las miden. Y si hubiera una mente para medir el caos, entonces nunca sería caos.

Y si nunca hubo verdad, ni pensamiento, ni conocimiento, ¿de dónde podrían venir estas cosas? Los Critianos dicen que el Gran Primigenio es aquel que se creó a sí mismo, pero no pudo haberlo hecho, porque antes de existir, no existía para causar nada, ni siquiera a sí mismo.

No, si existe un mundo, debe haber existido siempre. Esta tierra, hablando solo de sí misma y de su forma, sin referencia a ninguna cosa en particular que alguna vez haya estado allí, es perfectamente eterna. Porque, aunque los pobres seres humanos cultivamos nuestro grano solo para que, al final, se pudra en polvo, la tierra misma siempre permanece, a veces bajo el agua y a veces sobre ella; a veces fértil y a veces pobre, alguna vez roca, luego arena, después suelo, y otra vez arena, que el viento destruye para revelar la roca.

Los dioses son seres poderosos que toman posesión de una parte de la realidad, como un hombre reclama un campo. Uno reclama las nubes y la lluvia, otro la tierra cultivable; uno toma a los guerreros que conquistan, y otro a las mujeres pacíficas que nutren y cuidan.

Deben ser eternos para reclamar un dominio duradero sobre lo que es eterno y para moldearlo a su voluntad. Así nosotros—

LO QUE ESTÁS LEYENDO ES UNA TONTERÍA, dijo el Padre, su voz atravesando la creciente reverie de Avitus con tal intensidad que éste volvió a ser tierra.

Tierra parpadeó y bajó la pergamino. La casa lo observaba con paciencia, con una expresión calmada y tranquila en el rostro. Si había escuchado al gran Lobo, no dio ninguna señal de ello.

SALTAR A LAS LISTAS SI QUIERES SABER SUS NOMBRES, PERO LA MAYORÍA DE LO QUE LOS HUMANOS DICEN SOBRE LOS DIOS ES TONTERÍA. NINGUNO DE ELLOS ESTUVO ALLÍ.

“Gracias”, dijo Tierra.

YA ESTÁS CONVIRTIENDO LA CABEZA DE MI HIJO EN DEMASIADA TONTERÍA.

“¿Por qué, querida Tierra?” preguntó la Casa.

“Nada. No importa”, respondió él. Era una sensación extraña, tener tanta duda antes siquiera de digerir lo que había leído. ¿Se sentía aliviado o molesto? No podía saberlo. Pero si había cosas falsas aquí, no quería creer en ellas, y si el Padre le iba a ofrecer siquiera un poco de ayuda, entonces Tierra no sería más que agradecido.

Así que sonrió, aunque esa sonrisa pronto se extinguió en el resto de su ser, y deslizó la vista por la pergamino, saltándose las largas discusiones sobre la naturaleza de la materia y otros temas similares. Tampoco tardó mucho en que su sonrisa fuera completamente sincera, porque ¿qué tan afortunado era él por distinguir desde el principio una falsedad, especialmente una tan importante? No tardó en encontrar las listas.

Encima de ellas aparece la imponente Caelpater, cuya vastedad supera a todas las cosas, quien es el cielo eterno del Día, bajo cuya autoridad incluso el sol conquistador viaja en obediencia.

Los que gobiernan llevan el nombre de su esposa, Domina, conocida como Domina Noctis. Las estrellas son sus joyas, más gloriosas que cualquier otra creación. Ella une sus manos con las de su esposo para envolver todas las cosas en el ciclo del amanecer y el anochecer.

Solo los nombres, recordó Tierra. Lo que hayan dicho sobre ellos podría estar equivocado. Así que, hasta ahora, tenía dos, un padre y una madre: Caelpater y Domina, gobernantes del día y la noche.

El siguiente era su hija, Lucina, diosa de las lámparas y la luz interna, también de las parteras y el nacimiento. Luego un hijo, Pastorus, el pastor de los muertos, cuya estatua retorcida Tierra había visto en esa tumba enorme.

Comenzó a ojear, buscando un nombre en particular sin entender por qué. Podría volver y memorizar los demás después, y había muchos, pero uno en especial buscaba. Pronto lo encontró:

El menor de estos es la brillante Melodia, también llamada la Maestra de la Canción, cuyas hijas, Oraculus, son las Musas, inspiradoras del arte. Las Musas no podrían inspirar nada sin ella, porque ella es la verdad que las sustenta, la armonía de muchas voces y el ritmo de la vida y el movimiento. La percusión constante de pasos sobre la tierra es suya, y por eso es ella quien cuida a los viajeros día y noche, ansiosa por la alegría que encuentran al final del camino.

Avitus bajó la pergamino y contempló la nada, preguntándose por la reverencia que sentía hacia ese nombre. No, no era amor—sino veneración. Melodia. ¿Por qué ese nombre tenía tanto significado para él? Parecía que los dioses eran personas, en alguna forma, así que quizás la había conocido. ¿O era porque ahora era un viajero, y ella era una diosa de los viajeros?

"¿Sabes algo acerca de los dioses, hogar?" preguntó él.

"No lo sé. Pero estoy segura de que hallarás lo que deseas en estos escritos," respondió ella.

Al mirar a su alrededor con mayor atención, la habitación estaba casi vacía ahora, solo algunos cestos o vasijas dispersas aquí y allá. Había estado tan concentrado en revisar todos los rollos que había pasado por alto todo el trabajo realizado.

"¿Había una colección de pequeñas figuras? Pequeñas estatuas de personas?" preguntó, enrollando rápidamente el pergamino y colocándolo en su rincón.

"Así era. Ven," dijo ella, extendiendo su mano. Él la tomó y ella lo condujo fuera de la biblioteca, por el pasillo sombreado, y de regreso a la sala principal, el aula. Las dríadas habían dispuesto todas las cajas, cofres y cestas en una cuadrícula ordenada, con justo el espacio necesario para caminar entre ellas. Ver el suelo lleno de tesoros le recordó una vez más cuánta riqueza había allí.

Hogar lo condujo directamente a lo que buscaba: una caja grande llena de figurinas de oro, bronce envejecido o plata. La tierra las sacaba una a una, esperando que él reconociera aquella que buscaba. Un soldado con armadura. Un boxeador desnudo. Una mujer con un cántaro. Un hombre atrapado por serpientes que se retorcían. Un pastor y un lobo. Un niño sentado, sacándose una espina del pie. Una mujer con alas de aves en un vestido fluido. Un joven desnudo con alas de ave. Una mujer desnuda tomando un baño.

Una mujer con una corona de estrellas llamó su atención. Esa debía ser Domina, la diosa, juzgando por las formas estelares en su vestido. En la estatua, sus piernas estaban rotas y ella estaba arrodillada sobre huesos desnudos, llorando hacia arriba. Le produjo náuseas y rápidamente la devolvió, continuando la búsqueda.

Luego encontró a otra deidad, que reconoció solo por lo deformada y herida que estaba. Era un hombre desnudo apoyado en un bastón, pero su cuerpo entero estaba atravesado por espadas y flechas, y uno de sus hombros dislocado. Una diosa sin ropa, arrodillada y tratando de recomponer sus entrañas. Un dios sosteniendo su pierna amputada contra el pecho, con el rostro retorcido en desesperación.

La encontró. Melodía, la Señorita de la Canción. La reconoció de inmediato, aunque no sabía exactamente cómo. Ella estaba desnuda, excepto por una corona de flores en su cabello y sandalias que le recordaban a las danzas. Ambos brazos habían sido cercenados en el codo y descansaban a su lado en el suelo. Sus ojos estaban cegados, con rastros de oro que simulaban la sangre derramándose por su rostro. Sus orejas y nariz habían sido cortadas y desaparecían, y su boca permanecía abierta en un grito eterno.

Avitus sabía que algo sentiría al hallarla, desde el primer instante en que pensó en buscarla. Pero no estaba seguro de qué sería. Quizá tristeza. Repulsión, terror, alivio. Quizá todos o ninguno de esos sentimientos. Sin embargo, no esperaba culpa, y esa era toda la carga que tenía. Una culpa terrible, como el juicio del Cielo que lo acecha, aguardando solo un susurro de Justicia para aplastarlo.

De alguna manera, había provocado esto, ya fuera de forma directa o indirecta, y si quedaba algo de los dioses, seguramente sería la maldición de su ira, aguardando solo el momento para encontrarse con él y darle un sufrimiento mayor que el suyo propio.

La culpa le consumía como un dolor físico, acompañada de un temor cruel y el pavor a la venganza. No podía escapar de ella, ni encontrar alivio en lágrimas o risas. Estaba enfermo por ello.

En algún rincón de su mente, Avitus había pensado si algún día podría deshacer lo que hizo. Ahora temblaba solo con imaginar que quizás lograría devolver a los dioses a su plenitud de poder y gloria. Era un sacrilegio viviente. La idea de enfrentarlos, revividos y enteros, más enfadados que las tormentas, hacía que sus dedos temblaran tanto que dejó caer la pequeña estatua dorada de Melodía. Resonó el golpe al caer entre las demás en la caja.

"¿Estás bien, tierra?" preguntó Hogar, con su rostro ahora lleno de preocupación.